13 de septiembre: San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia

Texto del Evangelio (*Mc* 4,1-10.13-20): En aquel tiempo, Jesús se puso otra vez a enseñar a orillas del mar. Y se reunió tanta gente junto a Él que hubo de subir a una barca y, ya en el mar, se sentó; toda la gente estaba en tierra a la orilla del mar. Les enseñaba muchas cosas por medio de parábolas (...).

San Juan Crisóstomo, obispo y doctor de la Iglesia (349-407)

REDACCIÓN evangeli.net (elaborado a partir de textos de Benedicto XVI)
(Città del Vaticano, Vaticano)

Hoy celebramos san Juan Crisóstomo (="boca de oro"). Nombrado obispo de Constantinopla (397), ejerció allí su ministerio antes de los dos destierros que sufrió (403 y 407).

La intimidad con la palabra de Dios, cultivada durante los años de la vida eremítica, había madurado en él la urgencia de predicar el Evangelio. Es uno de los Padres de la Iglesia más prolíficos (nos han llegado 17 tratados, más de 700 homilías auténticas, comentarios a san Mateo y a san Pablo, y 241 cartas). No fue un teólogo especulativo, pero transmitió la doctrina tradicional y segura de la Iglesia en una época de controversias teológicas suscitadas sobre todo por el arrianismo. Su teología es exquisitamente pastoral; en ella es constante la preocupación por la coherencia entre el pensamiento expresado por la palabra y la vivencia existencial: el valor del hombre está en el "conocimiento exacto de la verdadera doctrina y en la rectitud de la vida".

San Juan proyectó la reforma de su Iglesia: la austeridad del palacio episcopal debía servir de ejemplo. Por su solicitud en favor de los pobres, fue llamado también "el limosnero". Creó instituciones caritativas muy apreciadas. A pesar de su corazón bondadoso, no tuvo una vida tranquila. Pastor de la capital del Imperio, a menudo se vio envuelto en cuestiones e intrigas políticas. Fue depuesto en el año 403, y condenado a un primer destierro breve. En el año 406 fue desterrado nuevamente a Armenia: fue una auténtica condena a muerte.

—Estando ya moribundo, dejó como último testamento: "¡Gloria a Dios por todo!".